

INTELIGENCIA COLECTIVA

por una antropología del ciberespacio

Pierre Lévy



<http://inteligenciacolectiva.bvsalud.org>



biblioteca
virtual em saúde



BIREME • OPS • OMS

INTELIGENCIA COLECTIVA

POR

PIERRE LÉVY

Washington, DC. Marzo de 2004

Lévy, Pierre, 1956-

Inteligencia colectiva: por una antropología del ciberespacio / Pierre Lévy : traducción del francés por Felino Martínez Álvarez

p. cm.

Traducción de: L'Intelligence collective. Pour une anthropologie du cyberspace

Incluye referencias bibliográficas.

ISBN-

1. Tecnología de información—Aspectos sociales

I. Título

CIP

NLM

La traducción a partir del original francés fue hecha por el Centro Nacional de Información de Ciencias Médicas (INFOMED), a cargo de Felino Martínez Álvarez, Facultad de Lenguas Extranjeras, Universidad de la Habana.

La versión original de este documento fue publicado en francés bajo el título: L'Intelligence collective. Pour une anthropologie du cyberspace, Editeur : La Découverte (Essais), ISBN : 2707126934

El autor Pierre Lévy y la Organización Panamericana de la Salud no asumen la responsabilidad de la exactitud y fiabilidad de la traducción del traducido en este documento.

Aunque el material de este documento se puede citar, es preciso señalar la fuente y hay que hacer referencia al título y al ISBN. Se puede enviar un ejemplar de la publicación que incluya alguna cita o que reproduzca cualquier parte a la Unidad de Promoción y Desarrollo de la Investigación de la Organización Panamericana de la Salud, 525 Twenty-third Street NW, Washington, DC 20037.

Copyright 2004 Organización Panamericana de la Salud

Copyright 2004 Pierre Lévy

Para diseminar ampliamente la información contenida en esta publicación, se ha creado el sitio Internet en el URL: <http://inteligenciacolectiva.bvsalud.org>

Las opiniones expresadas en la presente publicación son del autor y no reflejan necesariamente la opinión de la Organización Panamericana de la Salud.

Diagramación y carátula: BIREME / PAHO / WHO.

Segunda parte: El espacio del saber

15 Los vínculos entre espacios. Hacia una filosofía política

Eternidades sucesivas

En los capítulos precedentes hemos caracterizado a los diferentes espacios, de manera de distinguirlos unos de otros y de subrayar su especificidad. Ahora nos proponemos volver a examinar su naturaleza, es decir estudiar lo que tienen de común, y luego considerar los modos de su coexistencia y de su articulación.

Repitámoslo, con el riesgo de parecer demasiado insistente: los espacios no son ni eras, ni edades, ni épocas, por la buena razón de que no se substituyen unos a otros, sino que coexisten. Y sin embargo, como espacios estructurantes y autónomos aparecieron sucesivamente. Y como el espacio que una vez se desplegó de manera consistente se vuelve irreversible, no es eliminado por el que viene después de él. Se obtiene, pues, según una metáfora en la cual no se deberá dejarse encerrar mucho tiempo, una especie de geología antropológica en la que los espacios desempeñan el papel de capas.

Ahora bien, estas capas pueden ser especificadas independientemente de su fecha de aparición, solo a partir de la calidad de ser que irradian, únicamente según el signo que las marca, o según el principio que las engendra. El símbolo de la Tierra podría ser la esfera, la esfera cerrada, única y plena. Su principio es de "hacer el mundo", un mundo para nosotros, un cosmos. La insignia del Territorio sería la pirámide y su principio organizador, la trascendencia. La red, o el circuito, podría ser el icono del Espacio de las mercancías, y la deterritorialización su principio. En cuanto al Espacio del conocimiento, su emblema es el árbol reunificado del conocimiento y de la vida, y su principio la inmanencia radical. Las figuras y los principios de los espacios antropológicos no tienen nada que ver con la cronología, pueden definirse por los modos de existencia que hacen desarrollarse. Sus formas han estado, están y estarán probablemente presentes en todas las épocas, con grados y proporciones variables. En particular, los intelectos colectivos - los sujetos del cuarto espacio - ya se han expresado numerosas veces, según grados de consistencia e intensidad diversos.

Cada situación, cada dinámica social puede comprenderse como una configuración de espacios, una combinación de figuras, una disposición particular de principios. En este sentido, los espacios antropológicos son eternos. Y sin embargo, de nuevo, existe ciertamente sucesión de los espacios si se considera no ya los elementos característicos, sus figuras y sus principios, sino su despliegue como espacios antropológicos irreversibles y autónomos, como organizadores fundamentales de grandes épocas de la aventura humana. Conceptuales, fuera del tiempo, pero temporalizantes, los espacios antropológicos son producidos y mantenidos por las actividades de los seres humanos vivos. Son los actos de los hombres, sus pensamientos, sus relaciones los que actualizan tal o más cual espacio, lo despliegan, le insuflan realidad.

Aunque se sucedan - ya vimos en qué sentido - ninguno de los espacios es jamás "sobrepasado". Cada uno de ellos está, por el contrario, siempre activo, en espera de una reactivación más intensa. Se puede encontrar una analogía en nuestra vida subjetiva: el tiempo no pasa verdaderamente por ella, los ambientes afectivos, las configuraciones existenciales son puestas en reserva, en memoria, no cesando jamás de actuar, están disponibles para todos los retornos. Todo está siempre presente. Se vive según las líneas trazadas por la Tierra en su andar, entre los cercados y taquillas del Territorio, a lo largo de los circuitos de la Mercancía, en los espacios interiores del

Conocimiento. Volvemos al inmemorial de la Tierra, duramos en la lentitud y el aplazamiento del Territorio, aceleramos hasta el tiempo real de la Mercancía, crecemos también según las temporalidades subjetivas de los colectivos inteligentes.

Espacios y estratos

Más arriba, hemos definido un estrato como un ángulo de análisis de la realidad, una manera de recortar el tejido vivo, cosmopolita, que enlaza a todos los "ámbitos del hombre".¹ Los espacios antropológicos no deben ser confundidos con estratos. Por ejemplo, la Tierra no es la ecología; no se puede reconocer el Territorio en la ciudad; el Espacio de las mercancías no se puede superponer a la economía; todas las formas de saber no dependen del espacio del conocimiento, y el Espacio mismo no se limita a las actividades cognitivas *stricto sensu*. La política, la economía o el conocimiento son estratos, categorías analíticas, y en absoluto espacios de significación vivos, engendrados y vueltos a engendrar perpetuamente por las actividades de seres humanos.

Hemos desarrollado especialmente en los capítulos precedentes la forma en la que los diferentes espacios redefinen y transforman el conocimiento. El estrato del conocimiento es, por consiguiente, perfectamente transversal en relación con los espacios. Cada estrato toma una figura diferente según coincida con tal o cual espacio. Hemos estudiado especialmente este fenómeno sobre el caso del conocimiento porque el objeto de este trabajo es la inteligencia colectiva. Queda por elaborar la forma en que otros estratos son vueltos a engendrar por los espacios que ellos definen. Nos contentaremos aquí con un simple esbozo de las relaciones de la política y de la economía con los cuatro espacios, al ser nuestro objetivo principal por el momento distinguir bien estos estratos de los espacios que a primera vista parecen corresponderles.

En lo referente al estrato económico, el punto decisivo es comprender que existen otras formas de relación con la riqueza que la del espacio Mercantil. La economía de la Tierra está organizada por la donación, el gasto, el "potlach", la repartición comunitaria, pero también por la depredación simple y pura. En el Territorio, la economía es administrada, manejada en la duración. Su fundamento es el descuento regular impuesto sobre la tierra y los hombres que la habitan y la cultivan: tributo, impuesto, diezmo, arrendamiento, renta de bienes raíces. La economía es evidentemente capitalista en el espacio de las mercancías; capitalista y por consiguiente cambista y productivista, en oposición al donativo, a la depredación, o al descuento regular, que prevalecen en los espacios precedentes. En fin, el Espacio del conocimiento hará quizás emerger una economía del conocimiento,² de la que algunos principios ya han sido esbozados en otra parte.

Cuidémonos bien de confundir en lo que se convierte la economía en cada espacio antropológico -las mutaciones cualitativas que sufre en él - con las proyecciones del capital en esos espacios. Por ejemplo, la proyección del capital en el Espacio del conocimiento es evidentemente el trabajo, que no es otra cosa que una degradación o rebajamiento de la vida del colectivo inteligente. En la proyección del capital, el Territorio se convierte en bienes inmuebles, un objeto de especulación sacado de la lógica económica propia del segundo espacio. La proyección del capital en

1 Cornelius Castoriadis, *Domaines de l'homme, les carrefours du labyrinthe, II*, Seuil, París, 1986, así como *Le monde morcelé, les carrefours du labyrinthe, III*, Seuil, París, 1990.

2 Michel Authier y Pierre Lévy, *Les arbres de connaissance*, op.cit.

la Tierra será el recurso natural que niega y expropia la Tierra de los ancestros, la Tierra habitada, y evidentemente tiene poca relación con el donativo o el reparto, aunque constituye una especie de retorno monstruoso, a muy gran escala, de la depredación paleolítica. Esta noción de proyección de un espacio en otro será tratada de forma más general en la continuación de este capítulo.

El despotismo, la burocracia, la representación, son los grandes rasgos de la política únicamente sobre el Territorio. Esta forma se construyó contra el comunitarismo tribal o del clan, típico de la Tierra. Ella se combina hoy con la democracia termodinámica, forma original de la política en el espacio de las mercancías. La democracia termodinámica canaliza una gran variedad de problemas, de ideas y de prácticas colectivas en selecciones binarias ordenadas de manera simple: sí o no, izquierda o derecha, republicanos o demócratas, conservadores o progresistas, etc. La diversidad cualitativa y la composición "orgánica" viva están representadas por cantidades distribuidas entre dos polos opuestos. Como para el calor o el frío de la termodinámica, llegamos fatalmente a una diferenciación: lo tibio, el promedio estadístico. Todo acaba por parecerse. Como lo expusimos en el capítulo cuatro, la forma canónica de la política en el Espacio del conocimiento es una manera de democracia directa asistida por ordenador, ya no fundamentada en la representación de mayorías estadísticas, sino en la autoorganización de los colectivos inteligentes, con la posibilidad de experimentar y de tomar iniciativas para minorías.³

Recordémoslo incansablemente, todas estas formas de economía, todos estos tipos de organización política coexisten hoy mismo según configuraciones variables de una situación a otra.

Hacia una ecología humana generalizada

Cada cual lo siente, la amplitud y la complejidad de los problemas que afronta hoy la humanidad, como las formidables mutaciones que afectan a nuestras sociedades, exigen una reestructuración de las categorías económicas y políticas forjadas en otro período y para responder a otros problemas. Es por ello que proponemos aquí no un programa político, sino un marco conceptual, un enfoque filosófico que, esperamos, proporcionará los instrumentos de comprensión y de tratamiento de las dificultades de organización social más adecuados a los tiempos en que vivimos.

El esbozo de filosofía política que se presenta a continuación pretende ser una especie de ecología humana, un arte de conciliar relaciones armónicas entre los cuatro espacios antropológicos. Se ha comprendido que esta filosofía política aboga por el establecimiento irreversible de un cuarto espacio, lugar de una democracia de iniciativa y de experimentación directa, que utiliza nuevos instrumentos técnicos y sociales de expresión de los colectivos que no destruyen - por el contrario, favorecen - las singularidades. Este cuarto espacio no puede decretarse, él se extenderá y crecerá al ritmo de la vida de los intelectos colectivos que lo animarán.

Pero por muy apegados que estemos a la apertura de un Espacio del conocimiento autónomo, nuestra filosofía política rechaza firmemente toda idea de abolición o de supresión de los otros espacios antropológicos. Ya sabemos dónde conducen los proyectos de "tabla rasa" y de cambio violento: a un regreso de lo abolido tanto más pernicioso o monstruoso que es denegado. Hacer la revolución,

3 Félix Guattari, *La Révolution moléculaire*, 10/18, París, 1980.

partir de cero, inaugurar una nueva era son proyectos que pertenecen evidentemente a la mitología del territorio y no pueden pues orientar la filosofía política que tratamos de promover.

Ya lo hemos dicho, los tres primeros espacios antropológicos son irreversibles y, bajo cierta relación, son incluso eternos. Debemos pensar por consiguiente en sus relaciones (entre ellos y con el espacio virtual del conocimiento) y no solo sus relaciones efectivas, tal y como podemos observarlas cotidianamente, sino igualmente sus relaciones deseables. En efecto, una filosofía política digna de ese nombre no puede contentarse con analizar y escudriñar una situación sin correr el riesgo de indicar la vía de una salida favorable.

Condiciones y limitaciones

Nosotros planteamos en principio que ningún espacio puede ni debe reducir, asimilar o destruir los otros. La justificación principal de este principio es que los espacios antropológicos dependen unos de otros. Se condicionan mutuamente y, en particular, la existencia plena, entera y autónoma de los espacios inferiores o anteriores es una limitación fuerte para el desarrollo de los espacios superiores o posteriores.

Ningún Estado puede subsistir durablemente si destruye la relación -práctica y simbólica - de sus habitantes con el cosmos. Ninguna economía mercantil puede desarrollarse a largo plazo socavando las raíces biológicas e imaginarias que vinculan a los hombres con el mundo. Esto tiene que ver con un cálculo elemental: hay condiciones ecológicas (tanto desde el punto de vista del entorno como antropológico) en la potencia de los Estados como en la prosperidad económica. En cuanto al Espacio del conocimiento, él se nutre evidentemente en el mundo arquetípico, en las figuras cósmicas, en intuiciones sensibles y en los relatos de la Tierra.

La presencia activa del territorio, a su vez, condiciona la expansión de los espacios mercantiles y sapienciales. Sin un estado de derecho estable y respetado, sin posibilidad de hacer respetar contratos, sin servicios públicos eficaces e imparciales, la economía no podría vigorizarse. Sin escuelas, sin instituciones tales como las universidades, los museos, las bibliotecas, etcétera, sin establecimientos públicos de investigación ni infraestructuras de comunicación, ¿el Espacio del conocimiento tendría las posibilidades de desplegarse?

En fin, el Espacio de las mercancías condiciona al Espacio del conocimiento en el sentido en que los intelectos colectivos, si quieren durar, deberán respetar ciertas reglas de gestión, ciertas limitaciones económicas elementales. Los intelectos colectivos benefician de las tecnologías del tiempo real que han emergido en el espacio de las mercancías. Su inmanencia llega *después* de la deterritorialización, frente a una trascendencia ya debilitada, pluralizada e integrada por la Mercancía. Los intelectos colectivos tienen probablemente necesidad de un potente espacio tapón entre ellos y el Territorio.

Cómo la eficacia semiótica de un espacio depende de los espacios "inferiores"

Veamos, en el caso de la significación, cómo los espacios "de abajo" condicionan a los "de arriba". En un capítulo precedente, hemos descrito las semióticas que corresponden respectivamente a los cuatro espacios antropológicos. Pero no hemos mostrado aun cómo funciona la significación en situaciones reales, situaciones en las que los humanos están inmersos a la vez en todos los espacios.

Ninguna semiótica funciona sin la precedente. La Tierra, (es decir, aquí la consubstancialidad de los signos, de los seres y de las cosas), es, y sigue siendo el terreno del sentido. El Territorio puede imponer el corte semiótico, el dominio trascendente de lo simbólico o del significante, pero sucede que ningún sentido sería jamás alcanzado si la Tierra no siguiera siendo activa. Las lenguas solo pueden ser codificadas como lenguas y reducidas a códigos si la Tierra continúa a animarlas por abajo. Para los niños pequeños, las palabras son todavía atributos reales de las cosas. Quizás es imposible aprender a hablar por otra vía que por la indistinción entre el signo y la cosa, en ausencia de aliento, de presencia viva que establece una continuidad entre el signo y el ser. Es por el carácter perenne de estas continuidades que el Territorio puede escribir, separar, cortar, codificar, legislar sobre el sentido.

En cuanto a la emisión, la maquinaria espectacular de la Mercancía debe alimentarse de diferencias en la Tierra y el Territorio para insuflar variedad en la "mediasfera", siempre en vía de indiferenciación termodinámica. En lo referente a la recepción, por muy apartado que esté de toda exigencia de verdadera representación y de discurso coherente, el Espectáculo está obligado a contar con el diccionario y la gramática. Es porque los espectadores de la televisión (o los lectores de los diarios, o los oyentes de las radios) traen los signos percibidos a una territorialidad, a una correspondencia con cosas, que los medios son escuchados, incluso si su lógica propia es muy diferente de la de la representación. Y lo mediático es aun más dependiente de la Tierra que del Territorio; solo acaba por tener sentido porque el público lo integra a su cosmos. Por muy cortada de todo contexto vivo que esté la canción en lengua extranjera escuchada en el radio, yo vuelvo a crear alrededor de ella todo un mundo de ecos afectivos. Sin la profundidad de sentido ligada a los dos espacios precedentes, el Espectáculo sería insoportable. El periódico solo me da la ilusión de ofrecer algo a descifrar al reenviarme a una semiótica territorial de la representación y de la verdad de lo escrito. Únicamente nos conmueve una música o un film porque despiertan en nosotros al ser terrestre.

Si la semiótica viral de la propagación, de la circulación sutil y de la pura difusión eliminara todas las otras, entonces, y solo entonces el dominio mediático se convertiría en una catástrofe cultural. Se podría mostrar, en fin, que la productividad significativa de los intelectos colectivos se enraíza en la plenitud existencial de la Tierra, que ella implica el dominio de los códigos del Territorio y que desvía en su provecho las técnicas de proliferación y de irrigación de la Mercancía.

Causalidad sin contacto

Así, cada nuevo contacto, "se basa" en los precedentes. Ningún espacio antropológico puede destruir los que están "por debajo" de él sin arriesgarse a suprimirse él mismo. Habiendo enunciado eso claramente, el análisis de las relaciones entre espacio está lejos de haber finalizado. Si nos quedáramos ahí, los espacios antropológicos se reducirían casi a un apilamiento de estratos, a una jerarquía de condiciones y de limitaciones, a un sistema de infraestructuras y de superestructuras. Pero los espacios antropológicos se implican de otra forma que como lo muestra esta versión simplista de sus relaciones.

Las situaciones y los seres concretos están sumidos en varias frecuencias antropológicas a la vez. Se puede decir que los espacios antropológicos dependen unos de otros porque ningún ser real subsiste en un solo éter, o sin que ninguna comunicación entre espacios venga a alimentarlo. Pero considerado en sí mismo, cada espacio gira sobre él de manera absolutamente autónoma y solo no percibe ni

modifica jamás a los otros que según sus principios específicos, trayendo todo a él, solo encontrando en todas partes su propia figura.

Seres, entidades concretas, máquinas cosmopolitas atraviesan las cuatro velocidades, pero ninguna puede causar efecto directo en la otra, no puede tocarla. Los espacios antropológicos están en relación, pero según una causalidad sin contacto. Por ejemplo, todo lo que percibirá un intelecto colectivo lo integrará a su mundo, lo evaluará según sus criterios, lo someterá a su propio tiempo, lo metamorfoseará apropiándose, de manera que no quedará en la entidad considerada ninguna adherencia a otro medio antropológico. El Espacio de las mercancías, para tomar otro ejemplo, es incapaz de aprehender el Espacio del conocimiento como tal. No se puede comprar o difundir el pensamiento de un intelecto colectivo. Solo se puede comercializar sus proyecciones en el espacio mercantil, propagar signos sin contactos con el mercado mediático. La implicación recíproca del intelecto colectivo y de su mundo habrá sido disuelta, ya no se tratará más de pensamiento. Al igual que cada objeto que tocaba el rey Midas se transformaba en oro, el espacio de las mercancías deterritorializa todo lo que distribuye en sus circuitos. Su situación es peor que la del rey de Lidia, pues no puede agarrar jamás otra cosa que no sea él mismo.

Y sucede lo mismo con el Territorio: en cuanto se apodera de una entidad que proviene de otro espacio, la capta según coordenadas trascendentes, la codifica, la inscribe en una tradición. El Territorio está condenado a ignorar todos los tiempos diferentes de la historia, todos los espacios que no fuesen abiertos por cimientos y compartimentados por fronteras.

Ninguna frecuencia antropológica actúa directamente sobre otra ya que jamás tiene que ver con otra que no sea con ella misma. No se trata de actores, sino de espacios. ¿Cómo imaginar la causalidad sin contacto, las modulaciones recíprocas entre mundos que se ignoran, las fuerzas de gravitación antropológicas?

Todo sucede como si dos corrientes. Una ascendente y otra descendente, ordenaran las relaciones entre espacios. De abajo hacia arriba, los espacios más lentos, más profundos, son atraídos por los más altos, los más rápidos. Los espacios inferiores son *movidos* o conmovidos por los espacios superiores, en la modalidad del deseo. Es de esta forma por ejemplo que, bajo cierta relación, la Tierra desea un Territorio que la fascina y la subyuga, o que la Mercancía desea el Conocimiento, que se le escapa y la pone en movimiento.

Inversamente, de arriba hacia debajo en la escala de Jacob antropológica, los espacios superiores *se expansionan* en los inferiores, ellos los alimentan a su manera, sin percibirlos, quedándose siempre en el interior de su propia sustancia. Pero "la vía de arriba y la de abajo son una y la misma".⁴ En un sentido, la Tierra es como un mar que recoge todos los derramamientos, donde van a confluir los ríos del espíritu. Pero si se derrama el conjunto del sistema, el Espacio del conocimiento se convierte a la vez en un océano, aspirando la onda impalpable de todo conocimiento vivo. Y los colectivos inteligentes, astros escondidos, luminosos para ellos solos, levantan las mareas de sentido.

Derrames y deseos

Incluso siendo aun virtual, es hoy el Espacio del conocimiento, espacio de la imaginación y de la creación colectiva, el que alimenta a todas las otras frecuencias antropológicas. Es como derrame divino que, en la cosmología medieval, corre y se desborda, de inteligencia en inteligencia, de esferas en esferas, hasta el mundo sublunar.

Cada nuevo espacio antropológico engloba al precedente, le impone sus significados, su dirección, su velocidad. La historia de los imperios recubre los ciclos inmemoriales de la tierra, el ritmo acelerado de la industria trastorna el tiempo lento de las sociedades campesinas. A su vez, las temporalidades subjetivas de los intelectos colectivos podrían modular el tiempo real de las redes mercantiles. La sociedad del espectáculo es ese momento intermedio en el que la esfera informacional ya ha adquirido un comienzo de consistencia sin haber logrado aun su autonomía en relación con la Mercancía. Hay que imaginar la potencia de las tecnologías numéricas y mediáticas al servicio de la imaginación colectiva, de la producción continua de subjetividad, del invento de nuevas cualidades de ser.

Encontramos hombres de mercancías o de territorialidad que temen el establecimiento de un espacio del invento colectivo. Estos ignoran que no existe competencia posible entre los espacios. Al impedir al Espacio del conocimiento volverse autónomo, privan a los circuitos mercantes y a los territorios de una extraordinaria fuente de energía. El Espacio del conocimiento alimentará la mercancía mejor que liberarse de ella. Mientras más temprano los colectivos inteligentes se evadan del Territorio, mejor se hallarán los Estados y las instituciones, que se asfixian bajo sus castas, sus burocracias y su historia. Los hombres imprevisores que se resisten a la autonomía de los intelectos colectivos, y que son incapaces de desplegar su ser en varios espacios, son como la gente brutal denunciada en la fábula: al matar la gallina de los huevos de oro, se empobrecen a sí mismos.

Si el Espacio del conocimiento se hiciera irreversible, y guiara la mercancía según la causalidad sin contacto que hemos tratado de describir, entonces quizás las velocidades exteriores y violentas, las de los circuitos, de la interacción, de las adaptaciones instantáneas, de los flujos insensatos, en lugar de ser vividas como necesidades impuestas y destructoras, se convertirían en los efectos por añadidura de la composición de los tiempos vividos, la manifestación de necesidades interiores. Al igual que "lo urbano" es la consecuencia en exterioridad de los circuitos de la mercancía en el territorio, las redes de la mercancía podrían a su vez concretar las temporalidades subjetivas de los intelectos o de los imaginantes colectivos.

Ya lo hemos dicho, cada espacio imagina y desea a los otros con sus propios términos, según sus propias figuras. Así es como a la Tierra le gusta la Mercancía: ella se hace *Cargo cults*, fabrica magia con las técnicas, se construye un cosmos industrial y mediático, una extraña habitación mundial. Ciertamente, la industria no cesa de humillar a la Tierra, de negarla, ya que ella verdaderamente nunca la ha hallado; ¿pero no es la Mercancía la que mediatiza y unifica al planeta, le da conciencia de él mismo, una conciencia esquizoide, manifiesta, intermitente y loca?

Y la Tierra desea también al Espacio del conocimiento, pues es el único entre los demás que la conoce y reconoce. Sus nomadismos subjetivos acompañan en la impalpabilidad al nomadismo original en la Tierra de los ancestros. Y sin embargo, el Conocimiento no deja a la Tierra en paz; no para de inventar mundos abiertos cuando ella quisiera reconstituir perpetuamente un cosmos único y cerrado. La Tierra enamorada es trastornada, heterogeneizada, fecundada, preparada para el cambio por el espacio del conocimiento.

También el Territorio desea la Mercancía que la deterritorializa. ¿No se observa a los gobiernos olvidar la historia para seguir, locos perdidos, el ritmo mediático? ¿Las ciudades y regiones no se pelean para acoger a las industrias que las harán vivir, para atraer a los nudos de redes ferroviarias, aéreas, para situarse en el paso de grandes corrientes de intercambio?

Los Estados no sólo están suspendidos a la economía y a los medios; ellos temen la fuga de cerebros,⁵ o lo que es peor, la fuga de pueblos, vedados de inteligencia y de imaginación colectiva. El éxodo hace temblar al Faraón seguramente más que mil ejércitos adversos, que pondrán a otros faraones. Entonces el Territorio tiende hacia el espacio del conocimiento, torpemente, a su manera: polos tecnológicos, universidades, valles de silicona, transparencia...

Y la Mercancía, a su vez, sospecha que una economía aun desconocida se forja en otro espacio - que no podrá comprender jamás - una economía de los conocimientos, independiente de la esfera del capital, apartada del reinado del dólar, y que funciona según otros principios. Ella descubre, pasmada, que esta economía mental y subjetiva - la vida de los colectivos inteligentes - aspira, lleva, engendra el Espacio de las mercancías, que ella es su motor invisible, inasequible. Entonces, la Mercancía desea al Espacio del conocimiento.

Acabamos de evocar el tejido de relaciones más armónico entre las frecuencias antropológicas. Los espacios "de arriba" expanden su sustancia sobre los "de abajo". Los espacios inferiores desean a los espacios superiores. Lo ideal se logra cuando el Espacio del conocimiento toma su autonomía, se hace irreversible y los imaginantes colectivos polarizan el conjunto de las gravitaciones, de los derrames y de las circulaciones antropológicas, instalando así el régimen de relaciones más fluido y más libre.

El conocimiento mantiene su soberanía tronchada por ser siempre deseado, inasequible, móvil, vivo, fecundo, múltiple, por ser jamás temido. La palabra de "conocimiento" no debe prestarse a malentendidos. No se trata evidentemente de dar el poder a los eruditos, a los científicos o a los expertos. Dibujamos aquí un ideal radicalmente diferente a la ciudad Platónica, dirigida por una casta de filósofos. Platón bosqueja una utopía territorial, describe una Tierra fijada por un cielo filosófico. Por el contrario, nuestro Espacio del conocimiento es el lugar sin lugar donde nomadizan intelectos colectivos, donde se crean cualidades de ser, un más allá de la deterritorialización, un plan de inmanencia infinito, abierto. No define un ideal de perfección estática, sino el principio de una autoorganización, de una autoinvención permanente de las comunidades humanas y de sus mundos.

Los cuatro puntos cardinales

Habiendo indicado la forma de las relaciones armónicas entre los espacios, podemos ahora localizar las relaciones cacofónicas, las configuraciones antropológicas que engendran casi con seguridad el mal y la servidumbre, las que asfixian la invención ontológica, aplastan la vida. Lo peor llega cuando los espacios de abajo quieren dirigir y violentar a los espacios de arriba.

El mal viene del deseo de la Tierra de mandar al territorio, cuando las tribus se despedazan por la posesión del estado, cuando un jefe de clan se convierte en jefe de gobierno. Es la desgracia que reina en los países del Sur y lleva consigo guerras civiles, dictaduras y hambrunas. El mal resulta de la voluntad de la Tierra de someter a la Mercancía, cuando la industria y el comercio están en manos de los clanes, cuando la depredación pura y simple se substituye al intercambio. El bandolerismo y la mafia reinan en otro Sur. Y cuando la Tierra se pone a dirigir el Espacio del conocimiento, resulta de ello la "new age", el fundamentalismo ecológico, el irracionalismo militante.

La voluntad del Territorio de dirigir a la Mercancía y al Conocimiento lo llamamos el mal del Este, en recuerdo de la gran glaciación que marcó a Europa en el

5 Charles Halary, *Les exilés du savoir. Les migrations scientifiques internationales et leurs mobiles*, op.cit.

siglo XX. El dominio absoluto del Territorio sobre la Mercancía produce la economía dirigida o la pobreza planificada; ¿y la fórmula del totalitarismo no es poner el Espectáculo al servicio del Territorio? Sometido a la voluntad de control del Territorio, el Espacio del conocimiento no puede incluso sobrevivir en estado embrionario, es destruido de inmediato, o condenado a una peligrosa clandestinidad. Pero las tentativas territoriales para dirigir los espacios superiores no pertenecen únicamente a un pasado caduco. Existe hoy un poco del Este en todas partes. En las grandes (e incluso pequeñas) empresas, burocracias casi-estáticas impiden la iniciativa económica, las rutinas administrativas asfixian la invención, el mando autoritario y las separaciones impiden desplegarse a la inteligencia colectiva. En fin, la forma burocrática e institucional de las universidades, de los centros de investigaciones, de las escuelas, no es la más favorable para el desarrollo de intelectos colectivos. Existe también un Este de la enseñanza y de la ciencia oficial.

En el Norte, finalmente, la Mercancía pretende dirigir el Espacio del conocimiento. Es el mal de los países ricos, la sociedad del Espectáculo, el pensamiento ahogado en los medios, en la publicidad. En lugar de intelectos colectivos el Norte solo puede exhibir la tecnociencia, la finanza y los medios, la locura de las multitudes y de la velocidad, la deterritorialización sin freno, exterior, violenta, sin recuperación subjetiva. Este Norte se ha expandido por todo el planeta.

¿De dónde proviene la desorientación actual? De que los descontentos del Norte, los heridos de la deterritorialización, no encuentran otra salida que el llamado a una trascendencia, a un regreso a las jerarquías, a las tradiciones, a la historia, a los "valores" del Territorio. Solo se sabe abandonar el Norte para ir al Este, un Este que no acaba de sobrevivirse y de diseminarse. En cuanto a los decepcionados del Este, se les lleva de nuevo al Norte. Se oscila entre el Estado y el Capital, como si solo hubiera esos dos en el mundo. Otros se viran hacia el Sur, imaginan un dominio de la Tierra que hace temblar. ¿Pero quién ve la cuarta dirección? Poca gente, porque está desierta, porque los que ya la tomaron no dejaron huellas.

Todo el esfuerzo de este texto es de señalar hacia el Oeste. Señalamos hacia el océano vacío, inexplorado, de los grandes descubrimientos. El Oeste: convocatoria para la partida, silencioso llamado para la apertura de un nuevo espacio.

Lo vacío y lo lleno

Después de haber distinguido tan cuidadosamente las velocidades antropológicas, después de haber estudiado sus relaciones, sus articulaciones, nos hace falta restablecer la continuidad esencial de lo humano. ¿Cómo pasar de un espacio al otro? ¿Dónde los individuos y las colectividades que atraviesan los cuatro espacios pueden reunirse, tejer una tela sin costuras entre todas las figuras que la constituyen? ¿Dónde pueden encontrarse, a pesar de la extrañeza de los principios que los dividen?

En el Territorio, cuando es necesario atravesar una frontera, se construye una aduana. Y el aduanero ensancha su garita, embellece las barreras, complica los trámites, hasta hacer de su aduana un territorio más, un cercado complementario. Será necesario construir otras aduanas, encontrar otros intermediarios para atravesar el nuevo territorio. Estableciéndose en las puertas, en los canales, en las esclusas, en las taquillas, el parásito pretende facilitar la circulación, pero solo logra constituirse su propio territorio. Hará falta siempre otros intermediarios: lógica infernal de la inflación parasitaria.⁶

6 Michel Authier y Rémi Hess, *L'Analyse institutionnelle*, PUF, París, 1981 y de Michel Serres, *Le parasite*, Grasset, París, 1980.

Es así como se construye el laberinto, el palacio minoico, desde el alba de la historia y del Estado, la complejidad de esquinas, de redientes, de ventanillas, de pasillos y de habitaciones, el espacio cortado y sin salida del Territorio. Y el Minotauro, el reverso ritual y devastador de la trascendencia, se agazapa al centro de todos los Territorios.

Al personaje del aduanero, del parásito, oponemos la figura del pasador. El pasador nos hace atravesar las fronteras de contrabando, no deja huellas, no crea nuevos muros bajo el pretexto de que abre una puerta. Nos hace falta un pasador, no solo entre las fortalezas, los cercados y las instituciones internas del Territorio, sino un pasador también para salir del laberinto territorial, y saltar de un espacio a otro. Dédalo solo sale del laberinto cuando abre otro espacio.⁷ ¿Dónde está el pasador?

La Mercancía circula y hace circular, pero arranca, descontextualiza, deterritorializa violentamente lo que arrastra en sus redes. Más que restablecer una continuidad, aísla, desata, pone en órbita. La Mercancía es aun una figura de la separación. El Territorio encerraba en la interioridad, la Mercancía condena a la exterioridad.

El espacio del conocimiento se propone no solo como la salida por arriba del laberinto territorial, sino también como un puente entre los tres espacios precedentes: hace comunicar a la Tierra, al Territorio y a la Mercancía. El pasador es el pensamiento en el mismo seno del individuo, el intelecto colectivo entre los hombres divididos. El pensamiento puede desempeñar este papel, desplegándose en un plano de inmanencia infinito, sin apropiación, sin inercia; su particularidad es dejar coexistir, acoger al ser en su diversidad. Como evoluciona en el conocimiento y la invención, el intelecto colectivo no tiene nada que defender, nada que vender. Todo su esfuerzo es acoger, disponerse, comprender, inventar de nuevo su propio devenir pensante. El intelecto colectivo trabaja para ensanchar el vacío, no la carencia, ni la ausencia, sino el vacío taoísta, la apertura, la humildad, que permiten el aprendizaje y el pensamiento.

La Tierra está llena, siempre llena, es el espacio del donativo, de la gratuidad, de la profusión sin fin, del sentido que nunca escasea. En cuanto al Territorio y a la Mercancía, ellos funcionan en carencia. La ausencia, la castración, el retraso profundizan el Territorio... en cuanto al espacio de las mercancías, la carencia toma la forma de necesidad. Ahora bien, el Espacio del conocimiento no siempre está lleno, como la Tierra, y no carece de nada, contrariamente a los espacios territoriales y mercantiles. El Espacio del conocimiento está abierto al vacío.

Hablamos del hombre y de su unidad frágil, problemática, de lo que puede reunirlo a él mismo y a sus semejantes, sin cercado ni trascendencia.

Hasta ahora, hemos considerado a la Tierra como una especie de núcleo central de nuestra cartografía antropológica, una base que lleva los otros espacios. En este mapa, el espacio del conocimiento está representado como un cielo sin sol, que orienta y mueve a los espacios por encima de él. Pero en otro mapa, siguiendo una proyección diferente, la Tierra está alrededor del hombre, la masa está en el contorno, ella envuelve al universo de significaciones del mundo humano, un universo de sentido y de formas que se diferencia, se decanta y se deposita poco a poco hacia el centro, de espacio en espacio.

El conocimiento deviene entonces el núcleo central de esta nueva cosmología antropológica. Pero no concentra algún elemento más pesado, una especie particular de átomos: él acoge al vacío. Al ser punto focal de todas las gravitaciones, el Espacio del conocimiento, de la invención y del aprendizaje colectivo es el vacío central que hace mover a todo el universo humano. Al estar vacío, ocupa el lugar mismo de paso,

⁷ Michel Authier y Marie Thonon, *Secret et sécurité, informe SPES*, France Telecom, 1982.

hace posible el movimiento, establece la continuidad esencial entre todos los espacios antropológicos.⁸ La existencia propiamente humana - como el encuentro verdadero entre los hombres - nace, se perpetúa y encuentra su unidad en el elemento del pensamiento. Ella está suspendida al vacío.

⁸ « Treinta rayos convergen en el cubo de la rueda, pero es el vacío mediano el que hace caminar a la carreta ». Lao-tseu, *Tao tō king*, Cap. XI, trad. Liou Kia-Hway, Gallimard, París, 1967.